

# EL CRITERIO AJENO

Por GEOV

Estando yo en un establecimiento de discos en el cual había adquirido una grabación de Louis Armstrong, encontré casualmente a un viejo conocido de los que recordaba como aficionado al jazz.

Hacia años que no nos habíamos visto, así que hicimos el consabido intercambio de frases insustanciales de salutación. Me preguntó, después, qué era lo que había comprado y se lo dije, me dio una mirada de soslayo y asomó después en su rostro una casi imperceptible sonrisa socarrona.

—Yo he dejado de comprar discos de este músico— dijo.

—¡Ah!

—Todo esto del «New Orleans» está ya muy gastado— añadió.

—¡Ah!

—Es siempre lo mismo— y luego añadió un buen número de palabras que no sería correcto publicarlas, y yo añadí otro «¡Ah!», pero más definitivo.

Luego, en la calle, hice un breve resumen de lo poco que sabía de dicho sujeto. Lo conocí en los buenos tiempos del «Hot Club de Barcelona», y me vino a la memoria que fue precisamente él, quien me dio a conocer por vez primera el formidable «West end Blues» de Louis Armstrong con un entusiasmo poco corriente. Recuerdo que posteriormente me había manifestado su especial predilección por Lionel Hampton, y más adelante dijo que «Dizzy» Gillespie era el mejor músico del mundo entero. Supongo que actualmente preferirá al M. J. Q. o bien al trompeta Miles Davis, pero eso, en definitiva, no merece la atención, porque si afortunadamente ha sabido en cada momento oportuno, lo más importante del mismo, por otra parte no ha sabido valorizar lo más auténtico y retenerlo como ejemplo para formarse asimismo el camino directo de lo puro, de lo que puede apartarse de lo auténticamente nato y sin cultivaciones.

Este singular ejemplo, no podría considerarse valorable en el sentido individual o personal, pero puede tenerse en cuenta, por la especial

predilección que muestra todo este rebaño iluso y seducido por una vanidad sin punto de apoyo, en demostrar aburrimiento y suficiencia por aquellas manifestaciones artísticas puramente ideológicas y que ellos mismos habían exaltado.

La falta de criterio propio conduce siempre a la confusión y contradicción de uno mismo, y como que este es un mal muy extendido, apoya sin precedentes al sostenimiento de la moda, del vulgo, del mito fugaz que es asimismo sustituido por el mito siguiente.

No quiere decir esto, en modo alguno, que no podamos tener nuestra predilección, sea cual sea la manifestación y el estilo de la misma, pero es absolutamente importante que esta predilección sea encaminada dentro de lo valorizable, dentro de lo clásico, que es en definitiva lo que queda. Así, por

ejemplo, de la primera época del jazz (me refiero a grabaciones fonográficas) podrá tenerse predilección por Armstrong, Oliver o cualquier otro grupo orquestal de dicha época, porque a ellos precisamente se recurre para demostrar el verdadero sentido del estilo en estado puro pero de ninguna manera a mistificaciones o jazz desteñido, como, suele aplicarse a un Paul Whiteman por ejemplo, cuyo extraordinario furor ha quedado sumido en la más completa oscuridad.

Pero en fin, si la evidencia no es suficiente para colocar en falso lugar a estos intelectos (no inteligentes), si por el contrario produce esa grata satisfacción de saber que los restantes no incluidos en dicho grupo, se hallan muy distantes de opinar bajo el criterio ajeno, por ello no recurren a pisar lo que ellos mismos han sembrado.



Miles Davis